

Diálogos globales, miradas situadas: repensando el rol de los medios desde la descolonialidad

Global dialogues, situated views: rethinking the role of the media from decoloniality

• **Paula Morales**

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

NOTAS BIOGRÁFICAS

Paula Morales es doctora en Estudios de Género, diplomada en Medios de Comunicación, Violencia Intrafamiliar y Equidad de Género, y en Desarrollo Humano con Perspectiva de Género y Derechos Humanos. Es profesora de Radio en la UNC e investigadora sobre la Transversalización de la Perspectiva de género en Radio.

Contacto: paula.morales@unc.edu.ar

Las entrevistadas Minodora Salcudean y Charity Lee aluden a las diversas maneras de ser mujer –en Malasia, en Rumania, ayer y hoy-, y nos convidan a una dimensión riquísima para pensar la imagen de las mujeres en los medios: el *multiculturalismo*. Influencias religiosas, étnicas, geográficas, de hábitat y pertenencia a linajes ancestrales van configurando una trama donde la subjetividad se desarrolla con otros/as y habilita el diálogo intersubjetivo. Sobre esta trama se asienta la identidad de las mujeres, y de todas las existencias GHLTTBIQ+, porque las relaciones de género¹ son interpersonales, e interdependientes.

Aquí es interesante refrescar que las identidades son composiciones hechas de retazos, partes amalgamadas de experiencias, saberes, condiciones materiales de la vida y por supuesto, *cronotopias* (Bajtín), es decir, espacio-tiempos que definen los modos que asume su configuración. Si bien la tradición en el campo de las ciencias sociales nos legó la idea de las identidades como configuraciones estables, coherentes e inmutables, tras el giro lingüístico y los cambios de paradigma propulsados por los movimientos sociales en pos de los derechos de cuarta generación, esta idea se desdibujó y hoy podemos comprender que las identidades son el producto de complejos procesos socio-históricos de relaciones de poder, dinámicos, que poco tienen que ver con el determinismo biologicista

o el esencialismo moral. “Mujer no se nace, se llega a serlo” es la histórica frase de Simone de Beauvoire que sigue iluminando horizontes para pensar las condiciones de desigualdad patriarcal en todas nuestras sociedades.

La reacción social de celebración de la identidad masculina (en el nacimiento de una criatura, en la promoción de varones en puestos de responsabilidad pública o en la naturalización del acoso sexual) no hace más que confirmarnos que el *andro-hetero-sexismo* es un fenómeno vigente, que opera en esa vinculación ternaria donde lo masculino es el punto de referencia (central, medida de todas las cosas), que precisa del binarismo heterosexual para producir efectos de sentido reales (la complementariedad hombre-mujer, por ejemplo, o incluso el binarismo masculino-femenino), y el sexismo completa la terna como variable de ajuste para la toma de decisiones institucionales y la configuración de imaginarios socioculturales. El *andro-hetero-sexismo mediatizado* es el correlato mediático de la reproducción de este imaginario en los contenidos mediáticos (lenguajes, agendas), en las instituciones y empresas mediáticas, y en la cultura profesional periodística.

La estereotipia, otro de los fenómenos que las entrevistadas destacan en el diálogo, es la radical uniformización de los proyectos de vida de las mujeres, que se realiza mediante un lenguaje depositado directamente sobre los

cuerpos. El estereotipo, es decir, el participio del verbo estereotipar, adquiere un sentido figurado ya que se remonta a las impresiones bajo procedimientos de estereotipado propias del siglo XIX, y el concepto de *estereotipia* viene de la asociación entre estereotipo y representación social (y su equivalencia) es explicada por Amosy y Pierrot como una herencia de los estudios literarios ya que el análisis de la enunciación literaria toma en consideración el juego con la creencia que se entabla entre el texto y las representaciones que obran en él (2010, p. 70). Cuando hablamos de esta equivalencia nos referimos a la tendencia reduccionista del estereotipo como lo igual, que se diferencia de la de representación social solo porque esta última designa “un universo de opiniones y el estereotipo, no es más que la cristalización de un elemento y sirve, por tanto, como indicador” (2010, p. 55) de ese saber del sentido común entendido como “conocimiento espontáneo e ingenuo” (2010, p. 54).

La operación de estereotipar, conduce y recupera en el mismo gesto retórico... Conduce, ya lo sabemos, hacia imaginarios que son redituables para el mercado capitalista global, simple aunque dolorosamente. Recupera, porque la impronta autoritaria de la conquista global, la memoria ancestral del dominio de las poblaciones a través del cuerpo de las mujeres, la crueldad de la imposición de cánones estéticos (visuales, sonoros, olfativos, gustativos) sobre la diversidad cultural. Claro que “la idea de belleza en una mujer todavía es muy estrecha”, pero la reificación mediática de estas imágenes icónicas va más allá de producir una pieza publicitaria o un producto ficcional y adaptarlo a diferentes idiomas: condensa la crueldad de la negación ontológica del sujeto femenino.

Se es mujer, para el sistema mediático global, en la medida en que el ideario que esa imagen reproduzca sea *andro-hetero-sexista*. La autora Ochy Curiel (2010) señala que la (hetero)sexualización de las relaciones sociales es un efecto de los procesos de colonización (2010, p. 70), Martínez Coenda y Cejas (2018) lo anclan en el modelo de producción de conocimiento occidental moderno² (2018, p. 89) y Mendoza, citando a María Lugones recupera los trabajos de Oyuronke Oyewumi, feminista nigeriana, y en Paula Allen Gunn, feminista indígena de EEUU, para ir más allá y plantear que el género junto con la idea de raza fueron al mismo tiempo constructos coloniales para racializar y generizar a las sociedades que sometían (2010, p. 22). En este punto las dos entrevistadas y participantes de este diálogo —Minodora Salcudean y Charity

Lee — coinciden: El problema no es el árbol, ni el ojo que lo observa. El problema es el bosque. Yo lo llamo *andro-hetero-sexismo mediatizado*.

Las entrevistadas recuperan y listan una serie de pendientes para una vida libre de violencias y discriminaciones, un espectro que va de la violencia laboral y la falta de oportunidades de autonomía económica para las mujeres, escasa escolarización, alta desinformación sobre educación sexual integral, impedimentos para el acceso a la interrupción voluntaria de un embarazo, violencias domésticas variadas, etc. Todos estos temas son un peso para las mujeres y, definitivamente, el hilo que une nuestras complicidades transnacionales. En Latinoamérica hay un binomio que expresa esta sensación compartida: rabia-rebelde. Estamos rabiosas porque el fenómeno no es nuevo, ni nos tomó por sorpresa...y hasta por momentos parece que no podemos con él, y se nos va la vida en ello.

Sin embargo algunas experiencias contemporáneas pueden dar pistas para repensar, al menos como punto de partida, la transformación de la colonialidad mediática que opera sobre nuestros cuerpos y nuestras experiencias, es decir, el efecto del androcentrismo y la conquista histórica sobre (y a través) del territorio-cuerpo de las mujeres. Al caso podemos mencionar el #Ni una menos de 2015 o el #8M Paro Internacional de Mujeres 2018, entre otros, como evidencias de que la organización entre mujeres e identidades no cis-heteronormadas puede incidir en las agendas mediáticas y, desde allí, proponer otros contenidos, representaciones y enfoques. Ante la pregunta por ¿Cómo podríamos eliminar el estereotipo y la imagen negativa de las mujeres en los medios?, las redes feministas son un fenómeno a estudiar. En Argentina, hace tiempo que pienso en el paradigmático ejemplo de la juventud y el lenguaje inclusivo. Hace décadas —al menos tres — que desde la producción cultural alternativa, el activismo, y luego el periodismo no sexista, se impulsan acciones en pos de demarcar el sexismo lingüístico. Sucedió a la inversa, desde una generación de hoy adolescentes, que recurriendo al lenguaje y quedando desprovista de palabras para nombrar las identidades de género y las relaciones sexo-afectivas que viven, inventaron palabras e instalaron el uso de la “e” para referirse a un nosotrEs, marca de época y signo de pertenencia. La revolución de las hijas nombró a esta camada la periodista Luciana Peker.

Hay un nodo en esta cuestión... lo expresan las participantes del diálogo y se refleja en otras sociedades también. Asociamos la idea de libertad a la occidentalización, y en el esquema pos neoliberal individualista actual, eso conduce a que un 1% acceda —simbólica o realmente— a espacios de poder, representatividad y reconocimiento. Nancy Fraser trabaja muy bien las aristas del binomio reconocimiento-distribución, y es allí, en esa justicia para pocas/es que encuentro un punto para traccionar el diálogo entablado por las participantes y preguntar: ¿Es el aumento del 30% subrepresentado, o la ampliación de imágenes estereotipadas (ampliándose a otros cuerpos y estéticas) lo que estamos necesitando? ¿Podemos conformarnos con el cupo y las políticas de acción positiva en los medios?

La perspectiva descolonial³ ayuda a repasar estas preguntas, y los feminismos comunitarios dan argumentos esperanzadores en la deconstrucción del canon de inclusión, desde la diversidad visual que proponen, y la radical diferencia de expectativas sobre el sistema mediático. Las mujeres originarias, tribales, rurales, campesinas, indígenas...todas ellas acuden a los medios cuando una lucha y la defensa de sus cuerpos-territorios atraviesa sus vidas. Pensemos en la defensa de la tierra, el agua, el hábitat, de los extractivismos trasnacionales. No aparecen antes, no reinciden después.

Hace tiempo llegó a mis manos el libro *¿DeSean las mujeres el poder?* (Hernando, 2003). Esta pregunta, para mí, en ese entonces, desestabilizante. ¿Por qué poner en duda nuestro deseo de ejercicio del poder? Situada en una perspectiva feminista de la igualdad de oportunidades, devoré aquel texto. Pasaron algunos años para poder repensar la noción de poder que en él aparecía, y que yo daba por sentada.

Las mujeres de tercer mundo traen una cosmovisión ontológicamente distinta a la de los feminismos blancos y occidentales, y piensan el poder y los medios desde otro enfoque. Ellas, además de estar subrepresentadas en ese 30% infrarepresentado en los medios, traen una mirada disruptiva sobre las lógicas meritocráticas, acumulativas y especulativas de los medios de comunicación, y sobre los beneficios de la inclusión en la estereotipación.

Mary Mellor (2000) sostiene que “el argumento feminista liberal de *oportunidades iguales* en el actual sistema socioeconómico” se erige como una profunda incompatibilidad con la perspectiva feminista de la transversalización de la perspectiva de género y sexualidades (TPGS)

en el ámbito mediático —enfoque desde el cual yo he venido trabajando durante los últimos once años—. La afirmación de Mellor propició una indagación teórica y replanteos ético-ideológicos frente a lo que es mi objeto de estudio, y uno de los ejes centrales de este diálogo.

Desde metodologías de análisis situadas, quienes estudiamos y pensamos la subrepresentación femenina en los medios creemos que entender las dinámicas de opresión, invisibilización, silenciamiento (entre otras, pero todas dinámicas de poder) nos conducen a la exhaustividad del fenómeno. Puede que sí, y que nos acerquemos a la rigurosidad del método científico confirmando nuestras hipótesis...pero es inevitable, en diálogos ricos como este que las entrevistadas nos proponen, dejar al menos planteada la incomodante pregunta sobre el 1%.

El planteo de Mellor nos ayuda a repensar el término “estar adentro” desde otra mirada, ya no desde la intención de desmontar mecanismos de exclusión propios de la cultura periodística, mediática y capitalista... sino de elaborar una pregunta teórico-existencialista sobre el *¿para qué queremos estar allí?*, en medios que colaboran con la reproducción del sistema que nos domina y nos necesita binaria y sexistamente diferentes para extraer de nosotras/es la mejor potencia.

El argumento liberal de la igualdad de oportunidades es ampliamente trabajado por Arruzza, Bhattacharya y Fraser en “Feminismo para el 99%. Un manifiesto” (2019). Aquí el eje está puesto en que las que llegan, están dentro de ese 1% que se sostiene a costa de ese 99%, lo que para autoras como Mellor, Mies y Shiva sucede a costas de contaminar y expropiar las condiciones naturales sobre las que la humanidad se asienta y con las que tienen profunda interdependencia, y a costa de la clase trabajadora y los pueblos oprimidos racial y (neo)colonialmente. Interrogantes abiertos a partir de diálogos globales y miradas situadas.

NOTAS

¹ El concepto de *relaciones de género* es altamente productivo para pensar las relaciones humanas en general, y las estructuras e instituciones socio-culturales en particular. Soldevila y Domínguez retoman a Haug (2006) y lo desarrollan: “El concepto de relaciones de género tiene que presuponer lo que es un resultado de las relaciones sociales, a saber, la existencia de los géneros, en el sentido reconocido históricamente como hombre y mujer. Sobre la base de una complementariedad en la procreación (una

base natural), lo que es asumido como ser natural es también formado históricamente. De allí que los sexos salen del proceso social como no iguales, y su no-igualdad se convierte en el fundamento o base de futuras formaciones (...) sociales que conocemos y resultan absolutamente centrales para preguntas referidas a la división laboral, dominación, explotación, ideología, política, ley, religión, moral, sexualidad, cuerpos-sentidos, lenguaje, etc., al tiempo que trascienden cada uno de estos ámbitos" (Haug, 2006: 327-328 en Soldevila y Domínguez, 2014: 26).

² El modelo de producción de conocimiento occidental moderno se funda a partir de esa doble operación: la extracción de los conocimientos de esas comunidades exterminadas y la postulación de que esos conocimientos fueron creación del hombre blanco, borrando así la memoria histórica de esos saberes. Sólo así es posible comprender cómo fue posible que se instale la idea de un discurso único e universal (con plena vigencia en la actualidad) que remite a un sólo sujeto legítimo de producción de conocimientos (2018, p. 89).

³ La autora Ochy Curiel explica que la *Descolonización* es un concepto amplio que refiere "tanto a procesos de independencia de pueblos y territorios que habían sido sometidos a la dominación colonial en lo político, económico, social y cultural como aquellos procesos que sucedieron en América entre 1783 y 1900 de los cuales surgen los Estados Unidos y las repúblicas latinoamericanas, los que sucedieron entre 1920 y 1945 en relación con las dependencias del Imperio Otomano y desde donde surgen las independencias de buena parte de los Estados del Oriente Medio y el Maghreb y los que acontecen entre 1945 y 1970, periodo durante el cual el conjunto del continente africano e importantes áreas de Asia, el Pacífico y el Caribe se estructuran en unidades políticas independientes" (2010, p. 69). La autora señala también que para el feminismo la descolonización implica no solo reconocer la dominación histórica económica, política y cultural de Europa sobre los pueblos de América, Asia y África sino las secuelas de estos procesos: las dependencias múltiples del Sur frente a procesos culturales y políticos que han sido producto del capitalismo, la modernidad occidental y la colonización europea, así como los efectos de la racialización y (hetero)sexualización de las relaciones sociales, la legitimación del pensamiento único, la naturalización y la institucionalización de muchas de las prácticas políticas de nuestros movimientos sociales" (2010, p 70).

- Mellor M. (2000). *Feminismo y ecología*. Siglo Veintiuno.
- Soldevila A. y Domínguez A. (2014). *Violencia de género, una realidad en la universidad*. Ed. Universidad Nacional de Córdoba.
- Maertínez Coenda V. y Cejas N. (2018). Tecnología y decolonialidad. Aportes para pensar la tecnología y la inclusión en clave decolonial. En Magallanes Udovicich, M.L. y Zanotti, A. (comp.). *Diálogos en ciencia, tecnología y sociedad. Conocimiento, producción colaborativa, innovación*, pp 74-99. Editorial Brujas,
- Mendoza B. (2010). La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano. En Espinosa Miñoso, Y. (coord.). *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, pp. 19-36. En la frontera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amossy, R. y Pierrot, A. (2010). *Esteriotipos y Clichés*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina.
- Arruzza, C., Bhattacharya, T. y Fraser, N. (2019). *Feminismo para el 99%. Un manifiesto*. Ed. Herder.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Taurus.
- Curiel, O. (2010). Hacia la construcción de un feminismo descolonizado. En Espinosa Miñoso, Y. (coord.). *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, pp. 69-78. En la frontera.
- Hernando A. (2003). *¿Desean las mujeres el poder? Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo*. Minerva.